

Literatura fantástica, utopista y futurista

Ficciones literarias y el surgir de la ciencia-ficción. Tres libros escritos entre mediados y fines del siglo XIX —en rigor entre 1859 y 1907— son, por momentos con un cierto pesimismo, particularmente significativos en relación al tema que nos convoca.¹ Ante todo el curioso y fundacional *Storia filosofica dei secoli futuri fino all'anno 2222 ovvero fino alla vigilia in circa della fine del mondo*² de Ippolito Nievo (1831-1861); *Paris au XX siècle* de Jules Verne (1828-1905)³ y *Le meraviglie del Duemila* de Emilio Salgari (1862-1911).⁴

Las citadas novelas presentan numerosas semejanzas no casuales y evidentes y previsibles diferencias, pero coinciden en demoler, con distintas estrategias discursivas, el concepto de *progreso*, por lo menos si por tal entendemos una «constante y permanente mejoría hacia estadios superiores e irreversibles», concepción hegemónica en el periodo de escritura de éstas. No sólo no aceptan este concepto de progreso lineal, no sólo lo critican, sino que, en el colmo de la insolencia, lo ridiculizan.

Por ejemplo, el joven Verne en su *París en el siglo XX* presenta una esquema narrativo que será típico de este género discursivo, en el cual su protagonista, el latinista y poeta Michel —vencedor de un importante premio literario en el año de 1960— se siente, no obstante, estéril y vacío por vivir en un mundo que no lo valora, dominado por la ciencia y la tecnología y en el que las artes son actividades más que marginales: residuales y propias de espíritus torturados. La visión es indudablemente oscura, pesimista, expresión de un absurdo arrollador. Como en tantas otras novelas de Verne, la aproximación de la «predicción» es notable a pesar de los comprensibles «errores», propios de toda ciencia ficción o novela de anticipación. Se predicen los artefactos tecnológicos (automóviles a gas, máquinas de facsímiles, telégrafos inalámbricos) pero

¹ Curiosamente (o no) los tres títulos *no* fueron publicados en el área anglosajona. Por ignorancia o malicia se señala comúnmente que la ciencia ficción es un género creado por autores ingleses y norteamericanos o que es un género que sólo pudo haber sido creado en contexto germánico.

² Escrito en 1859 y publicado en Milán en la revista satírico-humorista *Strenna dell'Uomo di Pietra*, en 1860 (Roma: Salerno Editrice, 1983).

³ Terminado por Verne en 1863 pero rechazado por su editor y publicado recién en París en 1994 por Hachette Livre.

⁴ Publicado en 1907 en Torino por Benporad y republicado sucesivamente en 1912, 1920, 1922 y 1930.

también la rutina aplastante de la burocracia del capitalismo avanzado y, principalmente, el interés casi excluyente por el consumo y el lucro. No obstante la ironía no está ausente. La crítica no es absolutamente seria o lo es más porque deja lugar a la parodia, entremezclada con la tragedia (incluso en la visión ambigua, confusa, que tiene de la mujer y de su actitud contradictoria hacia la maternidad).

Más aún, como un anticipo del nómada postmoderno:

(...) los hombres del 1960 no se asombraban más de éstas maravillas sino que las utilizaban tranquilamente, sin gozo... puesto que se intuía que el demonio de la prosperidad los empujaba sin reposo y sin hogar (Verne 1863 [1994]:121).⁵

Salgari, por su parte, en los albores del siglo XX, nos presenta otra estructura típica del relato de ciencia ficción: el increíble viaje en el tiempo. Los protagonistas de la novela, James Brandok y Toby Holker, por el principio activo de una planta exótica que aletargan las funciones vitales, logran viajar en el tiempo desde el año de 1903 al 2003. Se reencuentran con un mundo superpoblado, con trenes subterráneos velocísimos, distintos tipos de máquinas voladoras, maravillas tecnológicas de todo tipo: el facsimil, la televisión, la radio en sus distintas manifestaciones y los hombres máquinas. Es un mundo extraordinario pero, como el de Verne, también gris, rutinario, aplastante. Lleno de ansias e insatisfacciones. Contaminado además por la electricidad y por las ondas de radio, que todo lo invaden, todo lo controlan. Con cruel pero acertada ironía Salgari imagina a sus protagonistas recluidos en un manicomio porque no pueden, precisamente, adaptarse al ritmo vertiginoso de la vida del siglo XXI, sumado a la contaminación eléctrica y a los elementos nocivos que envenenan el aire y las aguas.

Cómo Verne, Nievo considera válida y legítima la curiosidad por conocer el nuevo mundo pero también la inutilidad o la redundancia de tal conocimiento, por lo menos en parte. A pesar de la ciencia y de la tecnología, el ser humano es siempre el mismo. Y al nuevo mal de la contaminación se le suma el del terrorismo y la violencia creciente producto del descontento, de las injusticias pero también de la envidia y la superpoblación. No existe precisamente la guerra, no la guerra tradicional, heroica y en campos de batalla, pero sí la violencia subterránea de los descontentos y de sus represores los cuales

⁵ Traducción propia.

castigan a los terroristas «anárquicos» exiliándolos en colonias penitenciarias en los polos...⁶

Después de siglos y milenios de «evolución» (otro hipersigno clave, deconstruido impiadosamente) la humanidad sigue desvelada por los mismos afanes, la subsistencia cotidiana, la supervivencia en el sentido más lato del término, concebida de la manera y forma más vulgar que se podría concebir. La dialéctica social, las luchas cotidianas y sus desvelos tienen por causa eficiente el alimento y el bienestar de los pueblos: «el descontento es por el pan y por el agua, como lo fue siempre».

Recordemos que Platón en su *República* afirmaba que más grave que criticar una idea es ignorarla pero más grave aún que ignorarla es ridiculizarla. Los tres autores —y particularmente Nievo— no se limitan ni pretenden simplemente «criticar» el concepto de progreso o de evolución, tan científico ya objetivo, sino hacerlo objeto simplemente de las más crueles de las burlas.

Esta narrativa ítalo-francesa no diferiría en principio, aparentemente, de la ciencia ficción anglosajona, particularmente norteamericana, por su pesimismo y anticipación preventiva. Sin embargo la causalidad de la predicción y las consecuencias y motivaciones de la misma son fundamentalmente diversas.

El desastre anunciado por las ficciones positivistas —anglosajonas— pretende ser una advertencia sin osar ser una crítica radical que deconstruya totalmente el objeto. Para Nievo es el lucro y el egoísmo desenfrenado (elogiado por los teóricos del «*laissez faire*»), la destrucción de la sociedad civil (consecuencia de ese «*individualisme extrême*») las causas eternas de los males humanos, a los que se le sumarían los múltiples venenos que se deberían consumir, automedicados, para soportar la tensión extrema.

Ciencias humanas vs. ciencia ficción. El siglo XIX nos presenta una situación peculiar: por un lado asistimos al intento definitivo por fundar las «ciencias sociales». Es decir, después de los titubeos del Renacimiento, italiano y flamenco particularmente, se intenta fundar una ciencia de lo social que, siguiendo la senda abierta por Giambattista Vico, demostrase con un mínimo de saber sólido y objetiva imparcialidad, conocimientos referidos a lo social-humano, en toda su profusión, variedad y riqueza —aun la más deleznable— y más allá de las supuestas limitaciones de ciencias humanas.

En cierto sentido, las ciencias humanas o sociales *in fieri*, en formación, pretenderán independizarse, por un lado del discurso moralista —i.e. de juzgar a sus objetos de estudio por exóticos que fueren— y por el otro de una valoración etnocentrista del concepto de cultura. Se buscará alcanzar una

⁶ Según Ricardo Piglia (1980) F. Kafka predijo los campos de exterminio nazis en *En la colonia penitenciaria* (1914). ¿Será esta una análoga, inquietante predicción de los *gulags* soviéticos tan detalladamente descritos por Martin Amis?

objetividad análoga a la de la física si bien el supuesto etnocentrista recurre («*Natura semper recurrit*» al decir del poeta Horacio) en las taxonomías y esquemas etnocentristas. Y «todas esas antiguas cosas recurren», muy especialmente, en la literatura (heredera de Rudyard Kipling), de aventuras y, también aunque de modo diverso, en la naciente ciencia ficción (también anglosajona) y —¡ahimé!— muy especialmente, en la literatura política, mayormente utopista y especialmente revolucionaria de extracción iluminista.⁷

Por ejemplo, los caníbales de Polinesia, los «negritos» [*sic*] descriptos obsesiva, iterativamente y con lujos de detalles por Joseph Conrad o Jack London, diminutos, delgadísimos, callados, aparentemente inofensivos, de pronto manifiestan un sadismo y un apetito voraz, casi sobrehumano, especialmente «atraídos por la carne del hombre blanco, tan parecida al de los cerdos de Indonesia», brutalidad, peligro «real» que el narrador no puede no juzgar ni incorporar al registro evidente de la barbarie.

Pero en el Continente las cosas fueron, literariamente al menos, diversas. Nievo no fue un moralista. Ni tampoco un utopista. Fue un autor crítico, mordaz, paródico, incluso cómico que no podía imaginar —por un coherente principio ontológico— un futuro mucho mejor cualitativamente a su presente generado por ese pasado. No había grandes motivos de esperanza, tampoco de desesperanzas, pero sí se debería tener grandes, grandísimos recaudos. El futuro se diseñaba en el presente, no estaba determinado, pero arrastraría fuertes limitaciones derivadas de ese presente.⁸ Un futuro-presente que culminaría luego de interminables guerras en los albores del fin del mundo, en el momento en el cual, como predijera la alquimia, «los hombres se preocuparon por cultivar, finalmente, monstruosos *homunculus*».⁹

⁷ Esta recurrencia moralista en el discurso utopista supuestamente objetivo y científico, no fue, desgraciadamente inocuo y constituyó la causa eficiente determinante de gran parte de las más tremendas tragedias de los siglos venideros... La suma de [ciencia social objetiva + utopismo ideológico] fue la explicación de los tremendos genocidios del Novecientos.

⁸ El joven Nievo participó de la expedición de los «*Mille*» y a su manera creyó y ejecutó la utopía de la revolución posible de los patriotas de la unidad italiana. No se debe olvidar el contundente *incipit* de *Le confessioni di un italiano*, la novela escrita entre diciembre de 1857 y agosto de 1858, en medio de las batallas garibaldinas: «lo nacqui veneziano ai 18 ottobre 1775, giorno dell'Evangelista San Luca; e morrò per la grazia di Dio italiano quando lo vorrà quella Provvidenza che governa misteriosamente il mondo». El personaje Carlino Altoviti narra —en un tono de fina ironía— autobiográficamente su amor por Pisana y las vicisitudes políticas y bélicas desde el período pre-revolucionario hasta mediados del siglo XIX, bajo la forma sutilmente parodiada de la novela histórica, mostrando además la transformación personal de veneciano a italiano, el ascenso napoleónico y las luchas revolucionarias del Novecientos. Es sumamente curioso un dato adicional que se relaciona con estudios precedentes publicados en esta Sede. El hijo del protagonista, el Coronel Giulio, que combatió en la toma de Roma, luego combatirá en Argentina, donde morirá combatiendo con las tropas carbonarias en el Río de la Plata.

⁹ Vide Campa (en esta edición de *AdVersuS*, pp.13-30).

La ciencia ficción anglosajona, en cambio, imaginó dos escenarios posibles: uno, el más común, de *tendencia y tentación apocalíptica*, el más difundido en las novelas y en el cine, especialmente norteamericano. Un ejemplo típico es la novela y película, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury (1953)¹⁰ —o tantas otras novelas del mismo autor— o la *Guerra de los mundos* de Herbert G. Wells (1898), que cruza los temores hacia lo desconocido o lo extraordinario con los temores presentes derivados de las guerras imperiales norteamericanas, el riesgo de invasión, los enemigos interiores y exteriores, o el film *Cuando el destino nos alcance* (1973)¹¹ en el cual, en un futuro incierto pero no muy lejano, los seres humanos se han convertido en inconscientes antropófagos. Esta tradición «pesimista» se entronca con los prestigiosos antecedentes del género: George Orwell, Aldous Huxley.

El otro escenario posible, menos común, fue el de la ciencia ficción super-optimista, cuyo ejemplo más acabado es la famosa serie de culto *Star Trek* de Gene Roddenberry (1966). Sin ocultar los conflictos aun cuando los resuelve de modo simplista y esquemático, ratifica problemáticas constantes de inspiración básica para la cultura norteamericana (la extensión universal —es decir a *todo* el universo— de la democracia, la desaparición de las naciones subsumidas en una Federación ya no sólo de naciones sino de planetas, la lucha contra militaristas antidemocráticos de otras galaxias, etc.) pero ratificando siempre, un fortísimo optimismo no totalmente desacertado en su predicción efectiva (integración sexual de las tripulaciones, integración y ascenso racial de los personajes, uso medido de la fuerza militar, fuerzas militares que intentan mantener la paz en vez de conquistar, la aceptación de no intervención en las culturas extraterrestres como máximo principio de la exploración, etcétera). Sin embargo ese optimismo a veces fue excesivo: en el siglo XXIII se supone que el ser humano, además de encontrar miles cientos de miles de humanoides en todas las galaxias, con culturas básicamente análogas, pudo establecer planes de integración y colonización con estos, chocando a veces, con formas de vida no-humanoides con las que no puede interaccionar aun cuando trate de convivir. Un capítulo aparte es el referido a los adelantos científicos: una miopía sobre los posibles avances tecnológicos muestran computadoras aún gigantescas —como las de los años '60— junto con procedimientos médicos que son simplemente mágicos... Las adecuaciones y las inadecuaciones son heterogéneas pero el resultado es claro: el futuro es, a pesar de todo, bueno, positivo, controlable y la conquista espacial será inevitable, superándose todas las barreras posibles para viajar a través de las galaxias.

Mientras Bradbury hipotiza un futuro impiadoso; Roddenberry uno promisorio. Son, en definitiva, dos posicionamientos ideológicos y políticos, hipotextos fundantes de toda ficción efectiva.

¹⁰ El film del mismo nombre, basado en la novela fue dirigido por François Truffaut (1966).

¹¹ *Soylent Green*, dirigida por Richard Fleischer, basada en la novela *¡Hagan sitio!, ¡hagan sitio!* de Harry Harrison (1966).

Es decir, predecir, diseñar, hipotetizar el futuro es, antes que nada, *una práctica política*, es la postulación de un control narrativo que pretende reorientar los acontecimientos, performativamente, oculta tras la forma imparcial de la «predicción objetiva».

Los discursos utópicos son, antes que nada, planes de acción, muchas veces de tintes mágicos y religiosos y generalmente fundamentalistas y fanáticos, que pretenden excluir, en nombre de la objetividad científica o del moralismo (solidario) absoluto (hipersignos impositivos e intolerantes en definitiva) todo disenso al cual buscan simplemente no sólo neutralizar, sino definitivamente aplastar, erradicar de la faz misma de la tierra.

Lamentablemente el socialismo o el anarquismo o el nacionalismo utópico/integralista, al actuar, han demostrado esta aspiración no sólo absolutista sino genocida, que se recicla constante y permanentemente en toda nueva utopía. Y la simbiosis entre verdad científica (objetiva) y utopía (política) es inevitablemente trágica.

Ficción revolucionaria y/o ficción científica. Un texto ejemplar en este sentido —ejemplar por su poder simbólico y significativo— es indudablemente *L'eternité par les astres* (1872) de Louis-Auguste Blanqui [1805-1881]: revolucionario, activista político, representante arquetípico del socialismo utópico de tendencias comunistas.

Este opúsculo, en su aparente marginalidad, no deja de ser curioso, especialmente desde el punto de vista genérico-discursivo más allá de las posibles interpretaciones del mismo. Efectivamente, ¿es un tratado político? ¿Científico? ¿O, más simplemente, una obra de ciencia ficción? Blanqui analiza la posibilidad de la existencia de las dimensiones paralelas infinitas que necesariamente conducen a postular la existencia de nuestros dobles que repiten o varían nuestras características, nuestros gestos e incluso nuestros deseos. Esta tesis, que parte de un argumento científico de la astronomía a él contemporánea, funda una tradición temática fecunda en la ciencia ficción si bien se postula como un tratado de ciencia política. La tesis fundamental de Blanqui, en este sentido, es que la política (y podríamos extendernos a la cultura misma) puede entenderse solamente en su dimensión diacrónica y no sólo, puramente, tácticamente, sincrónica. Repite, además, la concepción de Vico, de un tiempo que fluye a ondas, con avances y retrocesos, espiralado y oceánico —como las mareas influidas por los astros—, y/o incluso circular, como el eterno retorno de Friedrich Nietzsche.

Cada astro, todo astro, existe en un número infinito de veces en el tiempo y en el espacio, no en una solamente de sus formas [sic], sino como es en cada uno de los momentos de su existencia, desde el nacimiento a la

muerte. Y todos los seres [sic] esparcidos sobre la superficie de la tierra, grandes o pequeños, vivos o inanimados, comparten el privilegio de esta perennidad. La tierra es uno de estos astros. Cada ser humano es por lo tanto eterno, en cada uno de los momentos de su existencia. Aquello que escribí en este mismo momento en mi celda, lo escribí y lo escribiré por toda la eternidad, sobre la misma mesa, con la misma pluma, vestido con el mismo traje, en circunstancias iguales [¿O idénticas?]. Todas estas tierras se hundén, una después de otra, en las llamas que las renuevan, para renacer y hundirse nuevamente otra vez, corrimiento monótono de una clepsidra que se gira y se vacía eternamente a sí misma (1872 [1996]: 21).¹²

La escritura de Blanqui remite a un cuento de Howard Lovecraft, de Jorge L. Borges o de Edgar A. Poe más que a un tratado político o filosófico. La utopía política —dicha socialista, comunista— deja paso al corolario físico-astronómico, aun cuando sin visos de posible contrastación. La ciencia positiva, natural o social, se confirma cada vez más cercana a la diatriba utópica, incontrastable, metafísica, fanática aunque pasionalmente atractiva.

La patética paradoja que se demuestra, es que Blanqui —en la senda de otros tantos revolucionarios, anteriores o posteriores a él—, Blanqui el burgués, el hijo de un gran burócrata de Estado, estudiante de derecho y medicina, primero carbonario (confundador desde 1831 a 1833 de las logias *Amis du peuple*; la *Société des droits de l'homme*; la *Société des familles*), luego socialista y anárquico (miembro de la Comuna de París) y finalmente anarco-comunista,¹³ llega al concepto de «revolución», más que por postulados «científicos» o «positivos», por indignación moral, por desborde pasional, siempre heterogéneo y confuso, indignación a la que no le faltaron tampoco, desbordes nacionalistas.¹⁴

En el anarco-comunismo se habló siempre de una corriente inspirada en Blanqui y en Malatesta, llamada alternativamente blanquismo o blanqui-malatestismo que postulaba que el proletariado podría crear una sociedad de seres libres e iguales sí y sólo si organizaba una rebelión armada total y guiada

¹² Traducción propia.

¹³ Blanqui editó y dirigió entre 1880-1881 el periódico *Ni Dieu ni maître*, poderosísimo órgano de la extrema izquierda cuyo título programático se transformó rápidamente en el lema de los anarco-comunistas, incluso en Sudamérica, en donde influyó particularmente entre los grupos de inmigrantes europeos italianos y franceses junto con el accionar, *in situ*, de Enrico Malatesta.

¹⁴ No olvidar su obra escrita durante su exilio en Bélgica, donde fundó el periódico *La patrie en danger*, en la que asocia, muy a la francesa el concepto de «patria» con el de «revolución nacional Francesca». Por otra parte —nada es simple ni transparente— Blanqui siempre fue muy valorado y estimado incluso por el primer fascismo revolucionario y particularmente por Mussolini en el cual decía inspirarse. Como prueba de ello, en el periódico *Il Popolo d'Italia* se leía el epígrafe «*Chi ha del ferro ha del pane*» atribuida, precisamente, a Blanqui.

por una *pequeña minoría organizada y decidida a imponer a toda costa la propia dictadura*, sin preocuparse ni por la legalidad, la legitimidad o los consensos. Esta corriente, influyó al primer Gramsci y en el llamado «sindicalismo anarquista», que luego abandonaría por esquemática y por no explicar mínimamente, la insondable complejidad de los procesos sociales, determinados no solamente por motivaciones «simplemente» económicas o bélicas sino y principalmente por los complejos procesos socio-culturales «secundarios». Paradójicamente, esta teoría de la revolución asociada al oportunismo, al valor viril y al coraje, fue retomada y desarrollada por los nacionalistas italianos (Gabriele D'Annunzio, Benito Mussolini) y europeos en general. De hecho, la vanguardia revolucionaria fascista se llamaba o se identificaba con los «*condottieri*», con los «*briganti*» o con los «*Ardite*». La revolución fascista fue, desde su inicio y en tanto y en cuanto contuvo elementos revolucionarios, una revolución eminentemente «emocional», «sentimental», «pasiona» que impondría su lógica como consecuencia del control narrativo del meta-relato veritativo y de su verosímil proyección «futurista».

Esta perspectiva contrasta positivamente la tesis central de Melvin Lasky de *Utopía y revolución* (1976) según la cual el estudio de la historia de las revoluciones muestra claramente una alternancia entre períodos de esperanza —aceptación de la realización futura (aun indeterminada) de la utopía— y períodos de violentas revueltas y rebeliones cuando la paciencia se agota o la esperanza se quiebra (revoluciones) no exclusiva ni necesariamente asociadas a períodos de bonanza o carestía. Vale decir, la revolución estalla no cuando las restricciones económicas ahorcan, sino cuando se pierde la fe en la superación de las mismas. Más aún, ello explicaría porqué muchas revoluciones eclosionan en períodos de relativa bonanza o de superación de la parte más aguda de la carestía. La revolución no es una reacción mecánica —no en esta perspectiva— a una limitación exclusivamente material u objetiva, sino a una crisis de legitimidad, de legitimación o de creencia o a un agotamiento de la esperanza, no necesariamente metafísica o religiosa —como afirmaba reductivamente Ludwig Feuerbach (1841)— sino *meta o trans-histórica* (cfr. Vattimo 1985).¹⁵

Para Ippolito Nievo, en cambio, el futuro no es, afortunadamente, la consumación apocalíptica de una utopía ni el cumplimiento de una predicción objetiva y totalmente precisa.¹⁶ Una predicción futurista no puede, por noble o

¹⁵ La numerosa, abundante y en gran medida olvidada bibliografía decimonónica sobre la Revolución Francesa de 1789, había, ora insinuado, ora tratado explícitamente esta tesis referida al período y que se podría resumir en la siguiente frase: una revolución no sólo debe ser causada por «datos objetivos» sino que debe ser «deseada» por la mentalidad hegemónica del sentido común. *Vide et.* Mancuso (1994).

¹⁶ Aún Frederic Skinner (1971) considera que la gran limitación predictiva de la ciencia ficción es que, precisamente, no se pueden predecir todos los complejos detalles posibles de un complejísimo e ilimitado devenir histórico, por simple y limitado que fuere.

bienintencionada que sea, tomársela sería o por lo menos literalmente: por maleable, por perfectible, por la inevitabilidad del error o de lo imprevisto. Nievo, por coincidencia filosófica o por cosmovisión¹⁷ compartida, comparte la tesis peirceana de la apertura radical del interpretante, de la impredecibilidad absoluta de los enunciados observacionales y de las consecuencias pragmáticas de las lecturas por la iliteralidad plena del sentido. Lo curioso, lo trágico y noble de Nievo, es que él es un revolucionario, un combatiente del *Risorgimento* italiano, el perseguidor de una utopía, anhelada por siglos («la unidad de Italia» ya pregonada por Dante y por Petrarca) que, no obstante es consciente de los límites de su sueño, que por su realismo se convierte, precisamente, en un honesto proyecto político, cultural, que se sabe histórico y por ello parcial, historizable, adaptable, ni absoluto ni definitivo.

Al contrario de un Feurbach, por reiterar un ejemplo ya citado (para quien la utopía es una simple compensación ultra-terrena ante la insatisfacción cotidiana que impide la praxis legítima) la utopía es un trágico pretexto para la inmolación de generaciones enteras en pos de un sueño no ultraterreno sino transhistórico, tan inalcanzable —o más según Pascal— como el más allá *post mortem*.¹⁸

Como un primerísimo corolario de lo que antecede, se podría postular una «tipología de la relaciones futuristas del control narrativo», a saber: si el conservador idealiza el pasado para mantener (legitimado) el *status quo*, quien idealiza el presente busca no sólo perpetuar la explotación del presente sino que mistificando el pasado, proyecta el saqueo y la plusvalía *ad eternum*, en nombre de un inasible futuro al cual, algún día, se llegará. ■

¹⁷ El uso del término es simplemente metafórico o incluso alegórico. No implica adherir necesariamente a la teoría culturoológica de la *Weltanschauung*.

¹⁸ Cfr. Serge (1951), Todorov (1989, 1991), Getty & Naumov (1999), Johnson (1999), Burleigh (2000), Amis (2002), Gellately (2002), Sebag Montefiore (2004), Kershaw (2008).

REFERENCIAS

- AMIS Martin
2002 *Koba the Dread: Laughter and the Twenty Million*, London: Jonathan Cape; (tr. esp.: *Koba el temible. La risa y los veinte millones*, Barcelona: Anagrama, 2004).
- BURLEIGH Michael
2000 *The Third Reich. A New History*, New York: Hill & Wang; (tr. esp.: *El tercer Reich: una nueva historia*, Madrid: Taurus, 2000).
- GELLATELY Robert
2001 *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford: Oxford University Press; (tr. esp.: *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona: Crítica, 2002).
- GETTY John Archibald, NAUMOV Oleg V.
1999 *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, Yale: Yale University Press; (tr. esp.: *La lógica del terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*, Barcelona: Crítica, 2001).
- JOHNSON Eric A.
1999 *Nazi Terror: The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, New York: Basic Book; (tr. esp.: *El terror nazi: la gestapo, los judíos y el pueblo alemán*, Buenos Aires: Paidós, 2002).
- KERSHAW Ian
1998 *Hitler 1889-1936: Hubris*, London, Allen Lane: The Penguin Press.
2000 *Hitler 1946-1945: Nemesis*, London Allen Lane: The Penguin Press.
2008 *Hitler (one-volume abridgment of Hitler 1889-1936 and Hitler 1936-1945)*; London: The Penguin Press; (tr. esp.: *Hitler. La biografía definitiva, edición del autor*, Barcelona: Península, 2010).
- LASKY Melvin
1976 *Utopia and revolution*, Chicago: University of Chicago Press; (tr. esp.: *Utopía y revolución*, México: FCE, 1980).
- MANCUSO Hugo R.
1994 «Realismo y utopía de la Revolución Francesa», *Ad-VersuS*, diciembre, V, 4-6: 60-84; republicado en *AdVersuS [on line]*, agosto 2005, II, 3:s/p, citado 12 de noviembre de 2012, disponible en:
<<http://www.adversus.org/indice/nro3/articulos/articulomancuso.htm#top>>
- PIGLIA Ricardo
1980 *Respiración artificial*, Buenos Aires: Pomaire.
- SEBAG MONTEFIORE Simon J. S.
2004 *Stalin: The Court of the Red Tsar*, London: Weidenfeld & Nicolson; (tr. esp.: *La corte del Zar Rojo*, Barcelona: Crítica, 2004).
- SERGE Victor
1951 *Mémoires d'un révolutionnaire, 1901-1941*, París: Seuil.
- SKINNER Burrhus Frederic
1971 *Beyond Freedom and Dignity*, New York: Hackett Publishing Company; (tr. esp.: *Más allá de la libertad y la dignidad*. Barcelona: Martínez Roca, 1972).
- TODOROV Zvetan
1989 *Nous et les autres*, París: Seuil.
1991 *Face à l'extreme*, Paris: Seuil.
- VATTIMO Gianni
1985 *La fine della modernità*, Milano: Garzanti.

FUENTES

- BLANQUI Louis-Auguste
1872 *L'Eternité par les astres (o L'Immortalité par les astres)*. Paris: Librairie Germer Baillière; Paris: Fleuron, 1996.
- BRADBURY Ray
1953 *Fahrenheit 451*, New York: Ballantine Books.
- FEUERBACH Ludwig
1841 *Das Wesen des Christentums*, Leipzig : O. Wigand; (tr. esp.: *La esencia del cristianismo*, Buenos Aires: Claridad, 1963).
- NIEVO Ippolito
1859 *Storia filosofica dei secoli futuri fino all'anno 2222 ovvero fino alla vigilia in circa della fine del mondo*, Roma: Salerno Editrice, 1983; Roma: C.Mancosu, 1993.
1858-59 *Le Confessioni d'un Ottuagenario*, a cura di E. Fuà Fusinato ed E. Checchi, Firenze: Le Monnier, 1867, 2 voll;
- SALGARI Emilio
1907 *Le meraviglie del Duemila*, Torino: Benporad.
- VERNE Julio
1863 *Paris au XXe siècle*, Paris: Hachette, 1994.
- WELLS Herbert George
1898 *The War of the Worlds*, London: William Heinemann.